

IV

PROCEDIMIENTOS PARA OBTENER LA JORNADA CORTA

Titulamos este capítulo "Procedimientos para obtener la jornada corta", y ateniéndonos á la realidad de las cosas deberíamos poner en singular la primera palabra del título, porque verdaderamente sólo un procedimiento existe para lograrlo: la asociación de los obreros.

Luchar es la ley de la vida; al bien sólo se llega por la lucha; el camino de la perfección lleno está de abrojos que hay que arrancar; no lo alfombra blando césped, sino duras piedras y agudos guijarros; convertirlo en camino de suaves pendientes, afirmarlo y enarenarlo, esa es la misión del hombre.

Nacer en un paraíso, extender la mano

y coger el fruto, qué dulce holganza, pero qué cobarde é inútil existencia. Si la vida no fuera combate, no merecería la pena de ser vivida. Si conseguir la dicha, alcanzar el placer no costara dolor, no habría ni placeres ni dichas.

Lo que vale, cuesta; sólo se aprecia y goza lo que cada uno supo ganar por sí. ¡Qué bien sabe el pan ganado con el propio sudor! El que por sí no ganó su bien ha de reconocerse inferior á aquel á quien lo debe. El orgullo de sentirse hombre sólo está reservado á quien todo lo deba al esfuerzo de su voluntad.

En el terreno de las reformas político-sociales nada se ha alcanzado sin lucha. Por la igualdad de los hombres ante Dios derramó Jesús su sangre.

La igualdad ante la ley, la declaración de los derechos del hombre, produjo el terror del 93 y las luchas de más de un siglo.

Si el obrero quiere conseguir ciertas reformas ha de luchar; mas felizmente sus luchas no serán tan cruentas; el pro-

greso ya cumplido ha dulcificado las costumbres.

Su lucha será reñida; pero las armas que en ella han de emplearse deben ser: unión, prudencia y tenacidad.

Es tan innegable la fuerza de la unión que, como dicen los franceses, *fait la force*, y es tan conocido este principio por los obreros, que su predicación no es necesaria. Volveremos, no obstante, á hablar de su eficacia, y consignaremos los resultados que con ella se obtuvieron; pero antes juzgamos conveniente combatir una idea errónea, muy extendida entre la clase obrera.

Es en ella creencia muy generalizada que realizará mejor y más fácilmente la defensa de sus intereses, colocándose en cierta situación de aislamiento y de separación de los partidos políticos. Cree que la política es algo dañino y perjudicial que todo lo contamina, y pide y quiere hacer campañas exclusivamente económicas. Sólo debemos preocuparnos, dicen los obreros, de nuestro mejoramien-

to; para ello unámonos y luchemos por el salario y por la jornada corta. Si conseguimos esto, ¿qué nos importa la organización política? ¿qué trozo de carne nos ha dado el sufragio universal?

Pecado de ingratitud comete el obrero que reniega de las libertades políticas y en el error cae al suponer que su lucha por esta ó aquella reforma no es una lucha política.

Pueden los obreros de un oficio determinado conseguir en una ciudad y aun en una nación una disminución en las horas de trabajo ó un aumento de jornal sin que para ello intervenga, aparentemente al menos, lo que ellos llaman política; pero su liberación total, su participación en el poder público, que es á lo que deben aspirar, eso no lo lograrán si no se organizan como un partido político y trabajan y luchan como lucharon aquellos á quienes deben cuanto ahora son: las ideas y hasta los afanes de mejoramiento.

En la Humanidad, como en la Naturaleza, no hay solución de continuidad; nada

se produce ni nace que no sea resultado de todos los bienes y de todos los males de cuantos le antecedieron. Nada hay en nadie que sea suyo exclusivamente; lo más individual, lo que se llama obra del genio, debe su germen á todos los que fueron. Puede decirse de una manera absoluta que en lo intelectual no hay generación espontánea.

Los obreros modernos deben á los partidos políticos de los cuales se separan y maldicen todo cuanto poseen; son los hijos de aquellos entusiastas progresistas que se dejaron matar en las barricadas en defensa de la libertad, y los hijos nunca deben ser ingratos con sus padres y menos si éstos supieron sacrificarse por ellos.

Si la clase obrera maldice de la política es porque no tiene idea exacta de lo que esta palabra quiere decir, porque atribuye al arte pecados que no son suyos, sino de los *artesanos*.

La política es el arte de gobernar á los pueblos; renegar de ella tanto quiere decir como desear el desgobierno. ¿Obraría acer-

tadamente quien maldijese de la ciencia médica porque un mal rapabarbas le recetara emplastos en el bajo vientre para curarle un orzuelo? Con desacierto igual sentencia quien achaca á la política los males que cometen los rapabarbas políticos.

Cuando el enfermo tiene libertad para elegir el médico que ha de curarle, si renuncia á ese derecho y deja el cuidado de su salud al primer curandero que se le acerque, culpa suya es si no recobra la salud perdida.

El ciudadano que después de muchos siglos de lucha ha ganado el derecho de elegir libremente á aquel que ha de gobernarle, ha ganado ó recibido de los que le precedieron el derecho al *self government*, al gobierno de sí mismo; si abdica de ese derecho, si maldice de él, ni siquiera tiene razón para quejarse; la sabiduría popular dice en forma de refrán: "Quien bien tiene y mal escoge, del daño que le venga no se enoje,;" aplíquese el adagio la clase obrera, que desprecia la herencia política que le

legaron sus mayores. Por hacer mal uso de ella, por negarse á aceptarla, se ve en la pobreza y no podrá salir de ella.

Grave error comete la clase obrera al querer vivir apartada de la política y al suponer que su mejoramiento económico puede lograrlo viviendo en ese apartamiento.

En realidad, los intereses políticos no son sino intereses económicos; no existe entre ellos diferencia ni separación, ni mucho menos antinomia.

En el fondo de toda lucha palpita un solo deseo: el bienestar, el aumento de goces.

El buen gobierno es causa de que los gobernados satisfagan fácilmente sus necesidades.

La causa de la Revolución francesa fue una causa económica, y sin entrar en investigaciones y citas históricas, á poco que se profundice en toda contienda política se ve la guerra económica, la lucha por el pan.

No son dos ideas distintas, sino dos ma-

neras de presentar el mismo problema. Ampliando ahora lo que antes apuntamos, repetiremos que si bien es fácil y se ve con frecuencia que los obreros de un oficio consigan una mejora en su salario ó en su jornada de trabajo sin que hayan variado las condiciones de la vida política de la nación en que tal mejora se logra, la victoria alcanzada es de poca ó ninguna importancia mientras las ventajas no se hagan extensivas á toda la clase obrera.

Dijimos en el capítulo I, al hacer la reseña histórica de la jornada de ocho horas, que en todas partes los primeros en obtenerla son los obreros dedicados á la construcción de edificios. Para los que la consiguen sin disminución aparente de salario es indudablemente una ventaja, pero lograda á costa de los demás obreros y sufriendo los que la alcanzaron una disminución real en su salario.

Por la falta de concurrencia acceden los contratistas de obras á la jornada corta de los albañiles, por ejemplo, porque nada pierden con ella y aun quizá ganen;

porque, como ya se dijo, les sirve de excusa para aumentar el precio de la mano de obra en cantidad no menor seguramente á la pérdida que puedan sufrir por la disminución de las horas de trabajo.

El aumento de precio de un producto que es de primera necesidad lesiona á todas las clases sociales; de modo que la ventaja conseguida por aquéllos se obtiene á costa de los demás obreros, y aun de los mismos beneficiados por ella, porque también sufrirán el aumento de precio de su habitación y por lo tanto una disminución en su salario.

¿Quiere esto decir que condenemos el procedimiento de la asociación particular ó por oficios para obtener la jornada corta?

Cuanto llevamos escrito asegura nuestra contestación negativa. Defensores acérrimos de la jornada de ocho horas, debemos sostenerla y apoyarla cualquiera que sea el medio empleado para conseguirla y cualesquiera que sean los males que pudiera acarrear, porque entre varios daños

debe evitarse el mayor y no puede haber otro más grave que la pérdida de la vida.

Creemos firmemente que los obreros pueden y deben ganar la jornada corta por su propio esfuerzo, y repetimos que el procedimiento para lograrla es la asociación; pero sin alejarse de la vida política, sino todo lo contrario, organizándose como partido socialista sin más denominaciones, sin exclusivismos y admitiendo en su seno á todo el mundo. No deben existir odios de clase.

Si ante la ley no hay ya sino ciudadanos, sin distinción de ningún género, ¿por qué todavía nos dividimos en clases? Porque en realidad aun existen dos castas: la de los explotadores y la de los explotados. Pero en esta última no figuran solamente los obreros de las fábricas y del campo, sino todos los trabajadores, desde el ingeniero hasta el peón de albañil; desde el sabio al jornalero; todos aquellos, en fin, que no disponen de más medio de vida que su trabajo intelectual ó material, y perdónesenos que acudamos á esta división, por-

que la costumbre la ha admitido, pero que juzgamos inexacta, pues no hay trabajo por sencillo y manual que sea que no requiera el empleo de la inteligencia.

Así como en la Naturaleza no se halla el punto, ó hablando con más exactitud, el sér en que acaba el reino vegetal y aquel en que comienza el animal, sino que hay como una línea que se desvanece, una gradación tan tenue, diferencias tan pequeñas de una especie á otra que casi son imperceptibles, así también en el mundo del trabajo es difícil definir lo que se entiende por obrero.

El que viste blusa mira con prevención al que viste levita, y á veces no existe entre ellos otra diferencia sino que acaso la levita sea más explotada que la blusa.

La revolución que la Humanidad comienza á realizar tiene este objeto: dar á uno de los elementos de la producción, el trabajo, la mayor recompensa posible, y disminuir hasta su expresión más mínima la del capital, que hoy se queda con la parte del león.

Esta revolución ha de hacerse desde arriba y desde abajo. El obrero de la fábrica y el obrero del campo, asociándose primero por oficios y luego por pueblos, por regiones y por nacionalidades, comenzarán la revolución desde abajo; los obreros de la inteligencia la terminarán desde arriba. Que la revolución ha de hacerse es indudable; la unión de unos y de otros hará que se acelere y se realice más fácilmente.

La verdad tiene tanta fuerza que se sobrepone á todo. Lo que la pasión desune la verdad lo ata.

Por pasión reniegan los obreros de los políticos, sin ver que los errores en que éstos caen no sólo á ellos se deben, sino que son producto y consecuencia del estado general de la nación, y mientras á los políticos se atribuyen todos los males, en cambio ni siquiera se les abona en cuenta el bien que produjeron.

En Inglaterra, en Francia, en casi todas las naciones de Europa y de América, ¿no fueron los políticos los que dictaron

leyes protectoras de las mujeres y de los niños, limitando las horas de su trabajo? ¿Y por qué se dictaron estas leyes? ¿Quiénes hicieron la opinión, quiénes despertaron el sentimiento generoso de las gentes? y posteriormente, ¿quiénes demostraron con sus razonamientos, con sus estudios, con sus investigaciones estadísticas, que la jornada de trabajo demasiado larga acorta la vida del obrero y es perjudicial á la nación por muchas razones? Los hombres de ciencia, los médicos, los economistas, los estadísticos, los sociólogos; en una palabra, los obreros de la inteligencia.

¿Hay posibilidad de que los obreros vivan alejados de la política? ¿Obran con justicia cuando miran con recelo á los intelectuales?

Aplicando todas estas consideraciones á lo que constituye el objeto de nuestro trabajo, á la jornada de ocho horas, se ve que la clase obrera, asociándose por oficios y aprovechando los momentos que juzga oportunos, consigue, generalmente por medio de la huelga, la disminución de

las horas de trabajo; pero la ventaja, si importante desde cierto punto de vista, ni es todo lo provechosa que puede ser ni tiene garantías de seguridad, pues no son pocos los casos en que los obreros de un oficio ganaron la jornada corta y por crisis económicas ó por otros motivos la perdieron después.

Bueno es el procedimiento, decimos una vez más, y como por tal le tenemos, claro es que hemos de aconsejar y recomendar su empleo.

Por el momento puede añadirse que el procedimiento de la asociación y de la huelga, declarada oportunamente, es el que principalmente deben emplear los obreros; así defienden su derecho, y así *desde abajo* contribuyen á que la revolución se haga. Pero su cooperación en ella ha de ser mayor; es necesario que muevan, que impulsen, que ayuden á los intelectuales que *desde arriba* la han de terminar.

La jornada de ocho horas no la disfrutarán todos los obreros que deben disfrutarla, y por lo tanto no producirá todos los

bienes que ha de producir, ni por último tendrá garantías de seguridad, mientras no sea precepto legal.

Muy expuesto y aventurado es hacer profecías; corremos, sin embargo, el riesgo y profetizamos que llegará el día en que la ley prescriba la jornada corta. Pero ese día se adelantará ó retrasará, según la conducta de la clase obrera.

Si se organiza políticamente, si hace uso de su derecho de sufragio y constituyendo el partido socialista ó ayudando á los partidos afines pide su parte en la gobernación del Estado, antes se hará la revolución social y antes gozarán de la jornada corta por mandamiento de la ley.

El abandono del derecho es la causa del atraso político de España.

Cuando en el capítulo I estudiamos la legislación de la jornada de ocho horas, hicimos notar que España, con relación á Inglaterra, llevaba un atraso de cerca de un siglo. El pueblo inglés no abandona sus derechos políticos; si supo luchar por ellos, sabe estimarlos en todo su valor,

y así ha conseguido la promulgación de sabias leyes protectoras de las mujeres y de los niños.

Ocurre lo mismo en Francia y más aún en las naciones de la América del Norte; en todas ellas los ciudadanos, ricos ó pobres, patronos ú obreros, acuden á las urnas electorales.

El ejercicio físico hace al hombre sano, vigoroso, ágil, capaz de ganar su subsistencia por sus propias fuerzas; el ejercicio de los derechos políticos hace á los pueblos aptos para ganar su bienestar y su progreso. Luchando en los comicios ganaron los obreros franceses la ley de 30 de marzo de 1900, én cuya virtud desde 1.º de abril de 1904 la jornada de diez horas será obligatoria en todas las fábricas de aquel país. Infinitos ejemplos como éste pudieran citarse; los omitimos porque es evidente la verdad de nuestro aserto.

Pero hemos de insistir, y perdónesenos si pecamos de pesados, en que el atraso de España en cuanto con la política se relaciona y en cuanto á la legislación del tra-